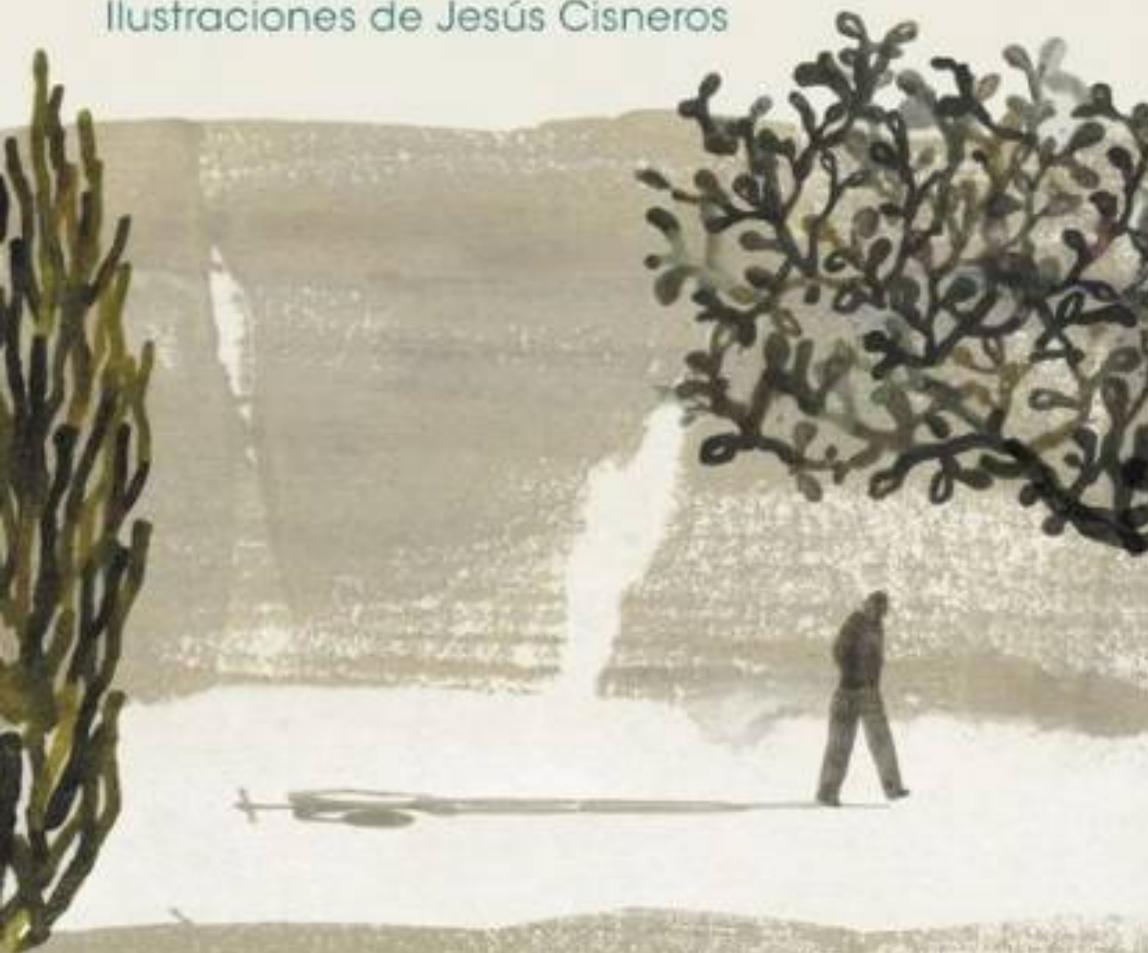


Julio Llamazares

# EL VIAJE DE DON QUIJOTE

Prólogo de Jean Canavaggio

Ilustraciones de Jesús Cisneros



ALFAGUARA  


## EL VIAJE DE DON QUIJOTE

Publicado por entregas en el diario "El País". Verano de 2015

*Julio Llamazares*





## ENTRENADOS PARA VIAJAR

30-08-2015

*Juan Cruz*

Julio Llamazares ha llevado este verano a las páginas de EL PAÍS su recorrido por la ruta del Quijote, una joya de hemeroteca

Cuando le propusimos a Julio Llamazares que siguiera este año la estela que hace un siglo abrió Azorín para conocer la ruta del Quijote, el autor de *La lluvia amarilla* tuvo en seguida dos cosas claras: que sí, que lo haría, y que quería que le acompañara el fotógrafo José Manuel Navia, experto, como Azorín, en esa misma ruta. Azorín había hecho ese viaje (a medias, no llegó a Cataluña) para *El Imparcial* del padre de Ortega y Gasset. Llamazares y Navia lo han hecho, hasta hoy, para la *Revista de Verano* que EL PAÍS ha publicado hasta este último domingo de agosto.

El resultado del encargo es ya una joya de la hemeroteca, así que los periodistas que tuvimos que ver con esa aventura ya tenemos algo que contar. Poner a un escritor y (en este caso) a un fotógrafo a caminar bajo las ruinas del tiempo, no sólo por el calor que ha sonado como las chicharras en estos meses de verano, es como someter al ciclismo a los que están habituados a la silla o al trípode. No hubo un desmayo, ni una pájara; con lo cual el alma de redactor jefe que tiene siempre dentro un periódico no ha sufrido lo más mínimo: estuvieron siempre a tiempo los dos, como Sancho y como don Quijote, cumpliendo la ruta como si delante tuvieran a Dulcinea o la ínsula Barataria. Tenían la platina del diario, y nunca le fueron infieles.

Tanto Llamazares como Navia tienen, decía al principio, experiencia en la tarea de caminar, por la geografía cultural y por el paisaje a secas, para recrearlo; en cierto modo, Julio Llamazares ha escrito siempre de viajes, de sus viajes por la tierra y de sus viajes hacia adentro, desde *Tras-*

os-Montes a *La lluvia amarilla*. Y José Manuel Navia ha hecho (en este periódico también) de la paciencia de mirar una forma de explicar de dónde viene la luz, como quería Lewis Carroll cuando reclamaba velas apagadas para saber de qué color es la luz cuando ya no existe.

Asistimos al bautizo de la ruta que hicieron ambos en el Bar Mariano de Madrid, delante de donde (dicen que) está enterrado don Miguel de Cervantes. Junto a la pasión quijotesca (en todos los sentidos), a los dos los distingue también el ejercicio de la común camaradería. Nosotros les dijimos adiós, cuando acabaron aquel almuerzo y se pusieron a andar. En todo el trayecto hemos sido sus lectores. Ahora, seguro que como ellos, leeremos el Quijote de otra manera, porque ellos no han ido por los atajos sino por el alma de la obra que aún explica la difícil, entrañable y dura experiencia de vivir, y sobre todo de vivir en la piel áspera de un país cuyas metáforas, incluso las inexplicables, siguen estando en ese libro.

En la hemeroteca de EL PAÍS está el resultado de aquel sí y de su común esfuerzo. Y en este espacio especialmente abierto y accesible de [elpais.com](http://elpais.com) encontrarán ustedes la razón por las que la consecuencia del encargo puede verse hoy como un saludable ejemplo de aquel periodismo que hizo Azorín con su libreta y que ahora han hecho Llamazares y Navia con una libreta igual y con una cámara como las de siempre.

## CERVANTES DESDE MADRID A BARCELONA

31-07-2015

*Juan Cruz*



Les unen la pasión por la literatura, por la imagen y por la vida. Es decir, por el viaje con todas sus consecuencias. A Julio Llamazares los pies le han crecido andando, y a José Manuel Navia (Navia, como él firma) le ha pasado lo mismo. Ahora se han juntado, a instancias de EL PAÍS, para hacer uno de los grandes viajes de la historia de la ficción, la ruta del Quijote, el personaje más universal de la historia de la literatura.

Llamazares pone la escritura. Navia las fotos. Durante los dos últimos meses el primero y algunos años más el segundo han ido hollando los mismos pasos que siguió el héroe de Cervantes, desde las Trinitarias del Barrio de las Letras (donde se supone que está enterrado el ilustre bardo) hasta Barcelona, la ciudad a la que tango elogio dedica Cervantes en *El Quijote*. De Madrid a Barcelona, pues, pasando por el mundo entero del viejo hidalgo y del superlativo Sancho.

Hablan de esa aventura común ("nos une la pasión por la literatura y la pasión por el paisaje", dice Navia) en un viejo bar de

Madrid, la Taberna Mariano, cuyo propietario se sabe de memoria muchos pasajes del *Quijote*, cuyo autor, parece, descansa enfrente.

Navia viene “del mundo de la palabra, hice Filosofía, rama Antropología” y Julio fue abogado y es el escritor de *La lluvia amarilla* y *Distintas formas de mirar el agua*. Desde hace años, Navia retrata esa ruta que ahora ha seguido al compás que Llamazares; y éste ha mirado (el agua, la tierra) con la pasión de quien retratara mariposas o desiertos, como su colega Rulfo. “Pero, a diferencia de Rulfo, en mi vida he hecho una foto, porque además me tiembla el pulso”.

Así que Navia pone la imagen y Llamazares pone el texto. El encargo que recibió Julio, seguir la ruta del Quijote, fue similar al que cumplió Azorín de parte del director de *El imparcial*, Ortega Munilla, el padre del filósofo. Munilla le dio a Azorín una pistola como armamento para el viaje, y en los rudimentarios medios de entonces emprendió un viaje que fue crónica periodística y luego libro, *La ruta del Quijote*. El encargo que recibió ahora el autor de *El río del olvido* o *Tras-os-Montes*, dos de sus más célebres libros de viajes, fue igual, pero él lo ha prolongado. A diferencia de Azorín, él fue hasta Barcelona; y a diferencia de Azorín también, su ruta es ahora un lugar en el que hay hamburgueserías, una hostelería distinta, pero un paisanaje en cierto modo similar, y de momento no se tiene que usar pistola. De sus sobresaltos y de sus encuentros hablaron en la taberna de Mariano.

Son viejos conocidos, pero tuvieron noticia de cada uno antes de encontrarse. “A mí me marcó de Julio”, dice Navia, “la primera frase de *El río del olvido*: “La memoria es paisaje”... “Como Navia, Julio ha buscado el Quijote “en el paisaje y en el paisanaje... Me imaginaba contar esta ruta con ilustraciones. Con ilustraciones o con Navia, que lleva trabajando años en los territorios del Quijote”.

El resultado lo podrán comprobar los lectores durante todo el mes de agosto en esta [Revista de Verano](#). Fue un viaje cuyo anecdotario formará parte de las entregas escritas; algunas cosas se quedarán, sin embargo, en la memoria chusca de ambos. En Bolaños de Calatrava tuvieron que dormir juntos, “aunque no hubo trato carnal”, porque el hotel Doña Berenguela carecía de otra cama que la que pudieron ofrecerles.

## Elección de territorios

Se han encontrado "con el tuétano de España". Entre los millones de aciertos que tiene Cervantes, señala Navia, "está la elección de los territorios, aparentemente imposibles, que representan la espina, el tuétano, de España..." Han transitado por ese tuétano maravillándose de la pertinencia de las descripciones de Cervantes (en Villatobas, Toledo, en la Mancha Alta). El resultado del viaje es "una radiografía de la España que sobrevive al tiempo y a los hechos", dice Julio. "Es el tuétano del país a través de la memoria, que es la literatura". El trayecto lo llevó a lugares que luego fueron otra cosa (el búnker desde el que se dirigía, en tierras del Ebro, la batalla que se libró allí en la Guerra Civil, el puesto de mando de Durruti).

En Cataluña, donde Llamazares prolongó la ruta propuesta por Azorín, y que completa decisivamente la obra de Cervantes, se encontró una mirada distinta sobre *El Quijote*. "En La Mancha se toma como un patrimonio; en Cataluña a veces vi desdén o ignorancia. En Tárrega me dijeron: 'Aquí somos más de *Tirant lo Blanc*'".

*Uno y otro vieron paisajes que ya no reconocería Cervantes. Desiertos que ahora son regadíos, selvas que son florestas o bosques... Los dos comparten una visión general de la obra en relación con los españoles: "Hay un gran desconocimiento: El Quijote se considera tan sagrado que la gente no osa tocarlo a fondo, se acerca a él y se da la vuelta".*

Ellos han ido de frente, buscando a don Quijote en los recovecos de la tierra y en la consecuencia de la imaginación que, en la mano de Cervantes, se convirtió en un mapa del alma, probablemente española pero de hecho universal. Desde el 1 de agosto podrán viajar con los dos, con Navia y con Llamazares, por la misma ruta que hollaron los pasos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

"El País" 10-08-2015

## LA PARTIDA

01-08-2015

La del alba sería cuando el viajero salió de su casa...

Si no fuera una obviedad, este relato comenzaría así, remedando una de las frases más célebres del libro que le hará de guía, que no es otro que la más grande novela que, junto con la *Ilíada* y la *Odisea* y alguna otra que el lector quiera añadir de su parte, se ha escrito en la historia del mundo, la de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, de don Miguel de Cervantes Saavedra. Como a Azorín le ocurriera hace más de un siglo, al que escribe le llamaron del periódico (a él de EL PAÍS, a Azorín de *El Imparcial*) y le propusieron hacer el viaje de don Quijote para celebrar los cuatrocientos años de la publicación de la segunda parte de sus aventuras (a Azorín el encargo se lo hicieron para conmemorar los trescientos de la primera parte, que se cumplieron en 1905), así que lo comienza, como debe ser, encomendándose a los dos autores: a Cervantes por razones evidentes y a Azorín porque su recorrido será el que haga en primer lugar antes de dilatarlo por su cuenta al resto de los territorios que don Quijote también recorrió y que el escritor del 98 declinó imitar ante la precariedad de los medios de locomoción entonces: aparte del tren que le trasladó a La Mancha, el resto de su viaje lo hizo en un carro acompañado por un lugareño. El título de este primer capítulo: *La partida*, el mismo con que Azorín comienza su narración, es un homenaje a él y a su célebre viaje por La Mancha de hace cien años.

Antes de empezar el suyo, el que escribe se dirige, sin embargo, antes de dejar Madrid, a los lugares que en la ciudad conservan la memoria de Cervantes para encomendarse a él, siquiera sea con la imaginación. Falta le hará, co-

mo a los que en estos días remueven los huesos de las sepulturas de la cripta de las Trinitarias, el convento en el que el autor de *El Quijote* reposa (el año que viene hará cuatrocientos años) intentando diferenciar los suyos de los de otros difuntos. Ardua tarea a la que se enfrentan empujados por intereses políticos más que culturales y que tiene al barrio de las Letras, el cantón madrileño así conocido por haber vivido en él los principales autores del Siglo de Oro español, desde Lope de Vega a Quevedo y desde Cervantes a Luis de Góngora (que llegó a ser inquilino de Quevedo antes de enemistarse a muerte con él), en una época en la que la capital, recién nombrada tal por el rey Felipe II, terminaba aquí, entre la curiosidad y la indiferencia de los vecinos y la incomodidad de las monjas, que han visto su retiro monacal interrumpido. Como dice María José, la actual demandadera del convento, oficio que heredó de su marido al quedarse viuda, para ellas todo esto está siendo “un alboroto”. Son sólo trece las monjas — la mitad de ellas peruanas— las que habitan este casón de ladrillo viejo encastrado en el corazón del Madrid antiguo ajenas al ajetreo que las rodea y al trabajo de los arqueólogos que buscan bajo su iglesia al padre de don Quijote.

—Eran más, pero entre las que se han ido a reforzar otros conventos que se habían quedado sin monjas y las que se llevó el anterior capellán al cielo al morir se han quedado casi en cuadro —dice la demandadera mientras barre el fresco zaguán de entrada al convento.

—¿Cómo que se las llevó al cielo?

—Es una forma de hablar... El hombre había estado 33 años de capellán y, a raíz de morirse él, se murieron también nueve monjas prácticamente seguidas. Casi acaba con la comunidad.

En la calle de Cervantes, esquina a la del León, a pocos pasos de allí, la casa de la que Cervantes salió para no volver y en la que se supone escribiría la segunda parte de la novela, recuerda con varias placas a su inquilino (la mejor

es una que aconseja: “Sé moderado con tus sueños, que el que no madruga con el sol no goza del día”) y lo mismo hace otra también muy próxima, en el edificio que ocupa el solar en el que estuviera la legendaria imprenta de Juan de la Cuesta, en la que se imprimió un día del año 1605 la primera parte de una novela cuya memoria nos sobrevivirá a todos. Desde el sótano que alberga la réplica de la original imprenta, mientras miro en las paredes ilustraciones de las escenas y personajes correspondientes a diferentes ediciones de las miles que del *Quijote* se han hecho en el mundo, echo a volar con la imaginación en dirección al territorio en el que suceden antes de subirme al coche para poner rumbo a él cruzando Madrid.



Entrada a la cripta de la iglesia de las Trinitarias, en Madrid. / NAVIA

## LAS VENTAS DE PUERTO LÁPICE

01-08-2015

A Puerto Lápice llego en poco más de una hora tras cruzar el extrarradio de Madrid y la meseta que une el verde valle del Tajo con los montes de Toledo, en los que se asienta el pueblo. Como escribiera Azorín, que hizo ese trayecto en tren (él hacia Alcázar de San Juan y Cinco Casas, la estación de Argamasilla de Alba, donde se apeó), "¿dónde iré yo, una vez más, como siempre, sin remedio ninguno, con mi maleta y mis cuartillas?".

La moderna autovía bordea el pueblo, que queda a la derecha, entre los campos, pero la carretera antigua sigue haciéndole de calle principal, no en vano Puerto Lápice surgió por ella y para servirla, al principio como ventas para arrieros y para entretenimiento y descanso de las diligencias que iban de Madrid al sur y aquí cambiaban sus tiros y luego ya como un pueblo hecho y derecho, que es lo que es en la actualidad. Aunque no por ello haya perdido el aire de lugar de paso que a don Quijote tanto le atrajo hasta el punto de que hacia él se dirigió las dos primeras veces que salió en busca de aventuras, pues suponía, y así se lo dijo a su escudero Sancho, que, al ser Puerto Lápice "lugar muy pasajero", en él podrían "meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras".

Si las halló o no Cervantes no lo aclara mucho (y la legión de los cervantistas tampoco, a pesar de sus disquisiciones e hipótesis innumerables), pero en el pueblo los vecinos dan por hecho que don Quijote pasó por él, incluso que en una venta que aún sigue abierta para el turismo y de la que luego me enteraré que fue una carpintería hasta hace unas décadas fue armado caballero el genial loco en su primera salida en solitario por La Mancha.

Azorín, en 1905, cuenta que el médico del lugar le acompañó a ver el solar en el que, según sus investigaciones, se habría alzado la venta en la que don Quijote veló sus armas bajo la luna toda la noche antes de ser armado caballero por un ventero asombrado, teniendo por testigos a un criado y a dos mozas del partido, la Tolosa y la Molinera, que le ciñeron la espada y le calzaron la espuela conteniendo con dificultad las risas. Los turistas, sin embargo, se conforman con visitar la que la remeda hoy, un decorado

perfecto y de desorbitados precios frente a la que los autobuses los deposita como si fueran una mercancía más.

Si se dieran una vuelta por el pueblo y hablaran con los vecinos, descubrirían que al lado mismo de la bautizada como la Venta de don Quijote, tras la pared que la continúa en dirección al Ayuntamiento y la plaza mayor, sigue tal como estaba cuando Azorín se alojó en ella la posada de la Dorotea, la mujer del Higinio Mascaraque al que se refiere aquél, y en la que continúa viviendo una nieta, Pilar, que a sus 82 años recuerda todavía los tiempos en que los arrieros paraban aquí para descansar en sus idas y venidas por los caminos que en Puerto Lápice se cruzaban. No sólo ella, la casa entera recuerda aquella época de ajetreo, de latigazos y voces de los arrieros, de relinchos de las caballerías, con su enorme corralón enjalbegado, su pozo, su abrevadero, su portalón de gruesas columnas pintadas de añil y blanco y sus cuadras hoy vacías pero con los pesebres y las tarimas en las que dormían sobre sacos de paja los arrieros igual que cuando Azorín pasó por aquí hace un siglo. Pilar, que no había nacido aún, sí recuerda oír a su madre de él aunque nunca ha leído el libro que yo le muestro y en el que sus abuelos y su posada quedaron inmortalizados. "Se lo mandaré", le digo.

Cae la tarde en Puerto Lápice. Los turistas ya se han ido y los vecinos del pueblo, apenas unos mil dedicados a la agricultura y al turismo ("La autovía nos ha hecho mucho daño", se lamenta el dueño del Hotel El Puerto, donde dormiré esta noche) o empleados en las dos pequeñas fábricas que posee, una de muebles y otra de somieres, pasean o conversan en corrillos en las callejas del pueblo o en las terrazas de la Plaza Mayor, una reconstrucción de lo que debió de ser tiempo atrás pero que ahora parece un trampantojo arquitectónico. Es domingo y frente a la plaza, en la carretera, varias personas esperan al autobús de Madrid, que está a punto de llegar. Por las ganas yo me iría también, pero no he hecho más que empezar mi viaje, un viaje que me llevará por medio país y que, como don Quijote, haré de tres veces, y mientras la noche llega salgo del pueblo y subo a los tres molinos que desde una colina dominan el antiguo puerto y, a un lado y a otro de él, la ondulada tierra de Toledo y la llanura inmensa de La Mancha, por la que caminaré mañana.



Antigua posada de Dorotea e Higinio Mascaraque, hoy vivienda de su nieta Pila, en Puerto Lápice. / Navia